

NUEVA GALERÍA HISTÓRICA

NOVELAS ESCOGIDAS

LAS ESPINAS DE UNA FLOR

CONTINUACIÓN

..... DE

LA FLOR DE UN DIA



1966

NUEVA GALERÍA HISTÓRICA

NOVELAS ESCOGIDAS

LAS ESPINAS DE UNA FLOR

CONTINUACIÓN

DE

LA FLOR DE UN DÍA



IMPRESA Y LIBRERIA «LA FLORES» ALFONSO L. RIVERA

NUEVA GALERÍA HISTÓRICA

NOVELAS ESCOGIDAS

LAS ESPINAS DE UNA FLOR

CONTINUACIÓN

DE

LA FLOR DE UN DÍA



IMPRENTA Y LIBRERIA «LA FLECA» ALEUS, 1. — REUS

NUEVA GALENIA HISTÓRICA

NOVELAS ESCOGIDAS

LAS ESPINAS DE UNA FLOR

CONTINUACIÓN

DE

ES PROPIEDAD LA FLORES DE UN DIA



IMPRESA Y LIBRERIA DE LA FLORES DE UN DIA



Las espinas de una flor

CONTINUACIÓN

DE

LA FLOR DE UN DIA





LAS ESPINAS DE UNA FLOR

CONTINUACIÓN

DE

LA FLOR DE UN DIA

I

En la primera parte de LA FLOR DE UN DIA, después de efectuado el lance de honor entre el marqués de Montanar y Alberto, nuestros lectores ya saben que el marqués va a emprender un largo viaje y de que Alberto abandona inmediatamente Cádiz. No creemos oportuno exponer de nuevo los motivos, pues de sobras nos son conocidos; como tampoco ignoramos las causas del porque Angela, esposa de Arturo, (el marqués) se fué también a vivir en una señorial mansión que éste pocos días antes había comprado en la provincia de Granada.

Alberto, el antiguo oficial de marina, después del doloroso desengaño sufrido respecto a Angela, pidió su retiro y buscó un lugar donde ocultar su desilusión: este lugar fué Burdeos, donde residía su amigo Mauricio de Bussy, que apenas contaba treinta años y había terminado con gran aprovechamiento sus estudios de abogado y sentía verdadera vocación para la carrera diplomática. Mauricio, era reflexivo y apasionado por la ciencia, uno de esos hombres fríos, observadores e íntegros, enemigo de la doblez y de conducta ecuánime.

La amistad, estrecha amistad que unió en vida a Alberto y Mauricio, tuvo por origen el que éste una noche salía de casa de su íntimo amigo Fortunato Crevecaeur, «casa que estaba situada cerca del puerto, cuando tropezó con cuatro marineros que, completamente borrachos, le cerraron el paso, empezaron a mortificarlo con sus groserías, hasta que se llegaron a insolentar; Mauricio quiso castigar al que le había ofendido; tomaron sus compañeros la defensa, salieron al aire los cuchillos, y mal lo hubiera pasado el joven a no aparecer de repente Alberto, que cayó sobre los marineros con el bastón de hierro que llevaba, y en breve espacio dejó tendidos a dos de ellos, dando lugar a que llegasen los agentes de la autoridad y librando a Mauricio de un peligro inminente.»

Esto fué el origen de la amistad que desde aquel momento les unió, y que dió motivo a que Alberto fuese por Mauricio presentado al rico comerciante Crevecaeur; y por cierto que las relaciones del comerciante y de Mauricio, sirvieron de mucho a Alberto, con el tiempo.

Alberto compró, pues, cerca de Burdeos una magnífica hacienda; en ella alzábase soberbio edificio que participaba de antiguo castillo, al cual estaba anejo gran porción de terreno que llegaba hasta el mar; rodeábale delicioso bosque, y hacia el interior se extendían las tierras de cultivo. Verdaderamente, era una mansión señorial. «En las cuadras del edificio había caballos de silla y

de tiro, en la cochera dos carruajes, un landó y un faetón, y en la playa una pequeña lancha de vapor que en más de una ocasión había prestado servicios de importancia cuando ocurría algún naufragio en aquellas costas.» Uno de sus antiguos marineros, el cual se encargó de escoger cuidadosamente los criados y entre los cuales había otros tres marinos conocedores de aquellos mares, era lo que componía su servidumbre.

El número de relaciones que Alberto tenía, corto era, como es de suponer; pero entre ellas, la principal era la de Mauricio. Este y Fortunato, la amistad que les unía, era una amistad hecha a prueba; tanto, que apesar Mauricio de su vocación para la carrera diplomática, por complacer a Fortunato, había aceptado en Burdeos un destino en la administración, pues podía ir a Italia con una misión importante; pero Fortunato se opuso y se quedó en Burdeos. Sin embargo, un año después, Crevecaeur casaba con la hija de un rico fabricante de Ruán; y entonces Mauricio, sin quebrantar en nada la amistad aquella, le decía:—Ahora voy a hacer renuncia de mi destino, para aceptar la agregación a la Embajada de España o de Italia, que me tienen de tiempo ofrecida.

Fortunato, bien trató de disuadirle, pero fué inútil; Mauricio cumplió sus deseos; mientras tanto iba visitando el taller de Lucas Hurtado, famoso escultor español, y los de otros notables artistas residentes en Burdeos; hasta que fué a desempeñar diversas comisiones diplomáticas. Alberto también recorrió distintos puntos aunque, en verdad, pasaba en su hacienda la mayor parte del año; pero siempre él y Mauricio estaban en relación constante, sabían uno u otro dónde se habían de dirigir la correspondencia y así obraban de común acuerdo en sus ideas.

Nadie, como Mauricio, conocía la causa del dolor de su amigo Alberto, y él mismo le aconsejaba aquellos viajes como medio de distracción en su estado. Con la vida activa que llevaba en el campo y los viajes que realizaba, poco a poco fué templándose aquella inmensa desesperación de que estaba poseído por el des-

engaño que sufriera con la conducta de Angela; y Mauricio, por el cambio que observaba en su amigo, se mostraba satisfecho. No obstante, del recuerdo que guardaba en su corazón, se le veía cierta sombra de melancolía reflejada en el rostro.

Y se comprende, pues como un autor, dice: Un amor como el que sintiera por Angela, según vimos en nuestra novela LA FLOR DE UN DIA, no tan facilmente se borra de un corazón como el de Alberto. Era el único amor que había sentido. Su pecho, que se había dilatado, por decirlo así, entre las grandezas del Océano, no podía encerrar sino grandes pasiones. Por eso, al pasar por su corazón, como torrente de hirviente lava, le había abrasado por completo. Había sido necesaria toda su fuerza de voluntad para poder resistir el violento empuje de aquel horrible desengaño. Angela, creyó en su suerte; no tuvo valor para conservar durante algún tiempo el recuerdo querido del hombre que tanto la amaba, y seducida por el brillo de aquella corona de marqués que Arturo le ofreció, le dió su mano, destruyendo el altar que, como decía, había alzado en su pecho el amor del apuesto marino. Alberto disculpaba en parte el proceder de Angela, puesto que aún en el caso de que él hubiese podido comunicarla noticias de su existencia, entre su posición y la del marqués había una gran diferencia. Sin embargo, por uno de esos azares de la suerte, Alberto, al quedarse tan pobre de amor por el olvido de Angela, se encontró riquísimo por causa de la muerte de un tío millonario que le dejó heredero.

Y con esa herencia, pudo Alberto adquirir la señorial hacienda de que hemos hablado en las cercanías de Burdeos.

II

Como llevamos ya dicho, Fortunato Crevecaeur se había casado con una hermosa hija de un rico fabricante de Ruán, la cual murió al dar a luz a Teresa, único y bello fruto habido de la unión aquella. Fortunato creyó volverse loco; pero concentró su ilusión y pensamiento en su hija y esto fué paulatinamente mitigando su desconsuelo.

Transcurrieron ocho años; Fortunato, consagrado al cuidado de su Teresa, vióse por varias razones, a cual más poderosa, obligado a poner al lado de la niña y al frente de su casa una persona que verdaderamente se interesara. Siguiendo los consejos de algunos amigos y especialmente de Mauricio, buscó Fortunato una mujer que fuese digna de la confianza que él iba a depositar en ella, y creyó encontrarla en Susana Ribot, hija de un fabricante de paños de Lyon. Fruto de esa unión, fueron dos hijas más.

Fortunato, equivocóse esta vez fatalmente. Susana, que había sabido habilmente ocultar sus defectos, desde el momento en que estuvo casada empezó a demostrarlos sin embages ni rodeos, en una palabra: tal cual era.

Aunque tarde, él comprendió el error que había cometido; pero de carácter un tanto débil, no tuvo, no se encontró con fuerzas suficientes para contrarrestar aquellos defectos que inevitablemente habían de traer resultados sensibles y lamentables. Lo primero en que Susana pensó, fué en separar del lado de Fortunato todos los buenos amigos de éste, rodeándole en cambio de las personas a quienes ella distinguía en sus relaciones y con su benevolencia. «Fiestas, diversiones, placeres, eran las aspiraciones de

Susana, y mientras tanto los hijos de su matrimonio quedaban abandonados en su casa al cuidado de las criadas y de Teresa, que estaba reducida por su madrastra a la triste condición de una camarera más distinguida que las otras.» Y sin embargo, jamás se quejaba; sufría con humilde resignación el mal trato de Susana y procuraba ocultar a su padre lo que ella, aquel ángel de bondad y pureza, sufría en aquella morada trocada en infierno!...

En medio de la ruina de todas las demás amistades, únicamente Mauricio era quien había podido sostenerse en el afecto de Fortunato, y el único también que apreciaba perfectamente el sufrimiento de Teresa, y que con dificultad podía ocultar el profundo interés que ésta le inspiraba, pues ya varias veces en este sentido se lo había a su amigo indicado. Para Susana, esto no pasaba inadvertido; se exaltaba al encontrar resistencia, más no quiso confesarse vencida. Como ya hemos indicado, la verdadera vocación de Mauricio era la diplomacia, haciendo que en él se fijara más de una vez la atención del ministro del ramo; y Susana, tan astuta como de costumbre, queriendo a toda costa apartarle de su lado a fin de que Fortunato, falto de apoyo, quedase enteramente a disposición de ella, movió todo género de ocultos resortes, penetró en las infinitas sinuosidades que rodean el poder, en fin, no se cansó hasta lograr que por la mediación de una de esas mujeres que en todas partes tienen *voz y voto*, y convenciendo de que Mauricio lo deseaba vivamente, fuese éste destinado a Italia. Claro que con ello, al saberlo el interesado, fué el primer sorprendido; en vano procuró hacer dimisión de su cargo, pues no se le quiso admitir el ministro. Susana, de momento, había triunfado en silencio con su astucia; librándose de un testigo importuno y de un censor que no se engañaba ni engañaba... Y antes de partir, fué Mauricio a despedirse de Fortunato, y con él encontró a Teresa.

El abatimiento del padre inspiraba en verdad lástima:—Amigo mio—le dijo Crevecaeur,—¿vas a abandonarnos? ¡Mauricio, no soy feliz!... Te marchas, pero presiento que mi pobre hija ha de

necesitar tu apoyo! — añadió Fortunato señalando a Teresa.

—Estoy a tu disposición—contestó Mauricio,—pero ten ánimo y desecha esas tristes ideas.

—Es ya demasiado tarde; el menor contratiempo puede dar al traste conmigo; pero me asedia sobre todo una inquietud... ¿Qué será, dime, de Teresa; de mi pobre hija, si sucumbo? Su juventud y más que todo su hermosura, la exponen a grandes peligros. En otro tiempo temía dejarla sin Mauricio: sí,—prosiguió Fortunato haciendo un esfuerzo—por mi desgracia demasiado tarde he llegado a comprender no es con una madre con quien la dejo!... Los momentos, amigo mio, son imperiosos, porque mi vida pende de un hilo... «Toma estos papeles; no puedo confiarlos a manos más seguras: prométeme que no los abrirás sino al recibir la noticia de mi muerte... Y le tomó la mano sin poder continuar...»

—A mi regreso, contestó Mauricio,—te volveré a traer estos papeles; pero en todo caso, cuenta conmigo, porque mi vida es tuya, amigo mio!—Y salió abrazándole tiernamente; al mismo tiempo estrechó con lentitud y dulzura la mano de Teresa e interrogó con una mirada que daba a conocer todos sus sentimientos de protección y respeto, propios de su corazón noble y desinteresado.

Teresa comprendió perfectamente lo que quería decir aquella mirada, y ella también correspondió a Mauricio en forma de consideración y gratitud. Y estrechando la mano, le dijo:—Muchas gracias!...

Y en esta expresión, en la entonación que a la misma dió, indudablemente para Teresa iba encerrado todo un mundo de esperanzas y de seguridades; de esperanzas respecto a Mauricio, y de seguridades sobre la existencia de su padre, cuya salud comprendía que se iba por momentos alterando; y, sin embargo, la pobre Teresa se revestía de valor y se manifestaba resuelta en todos sus actos. ¡El bello angel de virtud, Teresa, carecía de la experiencia para adivinar lo que podía suceder o sucedería!...

¡El peligro no estaba conjurado y seguía sus evoluciones al impulso del eterno destino!... Hay, por desgracia, presentimientos que nunca engañan. Para subvenir a los excesivos gastos de su casa y aumentar rápidamente su fortuna, bajo la influencia y casi por orden de Susana, se había comprometido Fortunato en peligrosos negocios; y un suceso imprevisto, que podía poner en peligro el honor de su casa, hasta entonces sin tacha, alteró completamente su salud y fué agravándose por momentos. Teresa no se apartaba de su lado; pero muchas veces, su madrastra, encargándola mil cosas para las niñas hallaba pretexto para alejarla. Un día Susana, viendo a su esposo en tan mal estado, se atrevió a preguntarle si había tomado ya sus disposiciones; y Fortunato, herido por aquella última muestra de egoísmo, no respondió, y cayó en un profundo abatimiento. Ante aquel espectáculo, aterrada, Susana salió sin pronunciar palabra.

Cuando de nuevo Teresa entró en la habitación, su padre estaba agonizando, pero aún tuvo tiempo de decirle haciendo un extraordinario esfuerzo y con voz entrecortada: ¡Teresa, hija mia, sigue los consejos de Mauricio!...—Y dejó de existir.

Hacia por lo menos media hora, cuando llegó el médico, que Fortunato había sucumbido víctima de un ataque de apoplejía fulminante. Teresa había caído desmayada a los pies de su padre. El doctor dió sus disposiciones; en cuanto a esa joven—dijo, tomándole el pulso,—nada hay que temer; pero levantadla y cuidadla con esmero—Y se marchó.

¡Ya Susana era libre; se arrancaba por fin la careta! ¡El orgullo y el egoísmo volaban a sus anchas!... Todo el patrimonio, creyóse ella que era suyo; incluso Teresa, también suya, suya sin socorro ni defensa alguna en el mundo!...—¡Basta ya!—dijo al pasar junto a ella,—el dolor mio no es menos profundo que vuestro dolor, y no obstante sé contener mi sentimiento.

A lo que respetuosamente repuso Teresa:—Y yo, señora, sé también la obediencia que os debo. «Arreglaré mi conducta por la

vuestra. Si no permitís a la hija llorar por su padre, ocultaré mis lágrimas como vos ocultáis las vuestras. No tenéis más que mandar, señora, porque conozco mis deberes, y espero probaros mi sumisión a vuestras órdenes.»

—Lo que decís,—objetó Susana—ya lo veremos; no os juzgaré por vuestras palabras, sino por vuestras acciones.

Teresa se acordó de la última recomendación de su padre; procuró reprimir su dolor y se trazó la línea de conducta que debía seguir.

Y el primer cuidado de Susana fué mandar llamar al notario Mr. Renard, con el que estuvo encerrada y platicando largo tiempo en interés de sus ambiciones. Pero... ya veremos los resultados.

III

La situación entre Susana y Teresa, se hacía insostenible. El proceder de ésta, para aquella, era una vergüenza constante. Los amigos de la casa, a pesar de ser tan frívolos como su dueña, no dejaban de advertir la dureza con que Teresa era tratada, y el cariño que se tenía con sus hermanastras; dando ello motivo a que algunas veces pronunciaran frases que mortificaban a la viuda. La idea, la intención de ésta, solo era buscar un medio para librarse de Teresa; y en este sentido más de una vez consultó con Renard, el notario de la casa, antiguo amigo de su marido y de Mauricio; aconsejándola la llevara al colegio del convento de las Jerónimas situado a corta distancia de la ciudad.

De momento, Susana, aparentó que le sabía mal por el juicio que sobre el caso podía formular la gente; pero por fin se avino a ello y aquel mismo día hizo poner el carruaje y se dirigió al con-

vento. Teresa se dejó conducir sin protestar. Al ver a la niña, la superiora miró afablemente, quedando encantada de la bondad que en su semblante se reflejaba. En el colegio era costumbre que cada una de las niñas mayores de doce años tuviese a su cargo otra niña mucho menor que ella, y a Teresa diéronle a su cuidado una mudita llamada Gabriela, con semblante de ángel, pero zafia, brusca, sucia y que se mostraba rebelde a las otras niñas que la tuvieron a su cargo antes; en cambio con Teresa, su *hermanita*, desde el primer momento se mostró dócil, sumisa y cariñosa. ¿Cuál es la procedencia de esa infeliz criatura?

Su triste historia, es la historia—dice un autor,—siempre igual de la desgracia; es el fruto caído antes de llegar el otoño; es la flor que se marchita antes de haber terminado el día. En otro tiempo, no obstante, era una hermosa niña, fresca, alegre, bondadosa y servicial: era la alegría y la esperanza de la casa. ¿Qué huracán pudo destrozar esta pobre rosa en edad tan temprana?

Hubiéramos conocido a Gabriela, si algunos años antes hubiésemos entrado en el taller de Hurtado, el escultor famoso de Burdeos. En aquella época Lucas Hurtado era feliz; joven, orgulloso por el éxito de sus primeros trabajos y animado por una inspiración creadora, entonces modeló «Genoveva», inspirada por una de las más encantadoras y poéticas narraciones de Lamartine, que figuró en la Exposición de Bellas Artes de París, y que fué «blanco», por dos periodiquillos, de cierta crítica irónica y mordaz que ocasionaron su trágica desventura. Su mujer cayó gravemente enferma. Las promesas se trocaron en desengaños y las ilusiones en dardos...

Mauricio, que era uno de sus buenos amigos, en aquellas circunstancias le presentó a Crevecaeur, aficionado a las Bellas Artes, aunque enteramente ocupado y absorbido por los negocios, quien después de haberle hecho varias insinuaciones y observando el triste aspecto del artista, añadió con interés y lleno de generosidad:—No me es posible ir a ver su «Genoveva», pero si le hace

a usted falta dinero, tratándose de un artista como usted, no tengo reparo en dárselo: tome,—le dijo presentándole papel—hágame un recibo de la suma que necesite, pagadero cuando usted quiera.

Hurtado le indicó que le haría un recibo de dos mil francos pagaderos dentro de un año. Y Fortunato objetó:—Duplique el total, y adios, que me esperan; ya nos volveremos a ver.

Venció el plazo sin que Hurtado pudiera corresponder, y no atreviéndose a presentarse en casa de Fortunato, le escribió pidiéndole una prórroga; y éste le envió a decir que ello no debía inquietarle. En esta situación, al morir Crevecaeur, la viuda puso el recibo al cobro y ante la imposibilidad Hurtado de poderlo hacer efectivo, después de recurrir a mil medios para vender sus obras y de dirigirse a algunos amigos de quienes no obtuvo respuesta, fué a verla, la cual le recibió con fría altanería y le dijo que podría entenderse con su procurador. El artista suplicó y lloró..., pero fué en vano, el corazón de Susana se mantuvo imperturbable. Un día la autoridad entró en el taller; y, sin tener en consideración que en una de las habitaciones contiguas yacía su mujer moribunda, se lo llevó preso por deudas hacia la cárcel. En aquel momento entraba su hija Gabriela y comprendió todo lo que pasaba; bajó precipitadamente la escalera y llegó a la calle en el momento en que se cerraba la portezuela y siguió el carruaje que partió a todo escape. Extenuada y jadeante, la pobre niña, llegó al mismo tiempo que el carruaje; pasó desapercibida de los guardias, y pidió gracia con tanta energía, que se compadecieron y la condujeron a la habitación del director.

—¡Señor!—gritó—¡Mi querido buen señor; es mi padre, y mi madre se está muriendo!... ¡Gracias! ¡Gra!....—Y cayó presa de una horrorosa convulsión. Había perdido el habla.

La madre de Gabriela expiró sin tener noticia de las desgracias; y la señora del director llevó por sí misma a la niña al convento de las Jerónimas. En esto se pasó un mes; el director de la prisión, en una carta anónima, recibió de Italia la suma necesaria

para pagar el capital y las costas del asunto Hurtado. Salió éste en libertad; volvió a su casa y cayó en tal estado de abatimiento que murió a los pocos días.

¿Quién había sido el bienhechor misterioso de Hurtado? Mauricio. Este sostenía con el notario Renard, que era su notario también, activa correspondencia y por él había sabido la muerte de Fortunato y la desdicha del artista.

Y él, por medio de Renard, pagaba también la pensión de la infortunada Gabriela.

IV

Dos años llevaba ya Teresa en el colegio, y ésta un día descubrió que Gabriela se entretenía en hacer figuritas de barro, que aunque informes, demostraban que el genio del padre había sido heredado por la hija; habló con la superiora y con el notario Renard, y desde aquel momento ya no tuvo la niña por que ocultarse; se le facilitaron elementos para que, habilmente dirigida, aquella afición de Gabriela pudiera desarrollarse; y pronto se tocaron los resultados.

Susana, que en esos dos años no se había tomado la molestia de ir a visitar a Teresa, un día se presentó en el religioso recinto por ver si desbarataba lo que Renard le había dicho de que Mauricio, cuando regresara de la embajada, no creía que fuera muy difícil entre él y Teresa entrar en amorosas relaciones, idea que a Susana no se le había ocurrido y la hizo estremecer de cólera; pues ya había soñado con los bienes que a Teresa pertenecían y que si ésta profesaba pasarían a poder de sus hijas, o lo que era lo mismo, al suyo; mientras que en el otro caso, todas sus esperanzas iban por tierra si el matrimonio de Mauricio y Teresa llegaba

a realizarse. Por eso Susana fué al colegio, para decir a Teresa que profesara y que Mauricio se había casado.

La joven, al oírlo, palideció intensamente; se inmutó; no contestó palabra; pero no tardó en reponerse y dijo:—Que sea feliz.— En aquel momento entró la superiora, y Teresa, bajo el pretexto de ver lo que hacía Gabriela, se despidió de su madrastra. Dirigióse a su estancia y rompió a llorar amargamente. Aquello fué, sin duda, la revelación de algo que ella no había comprendido todavía. Transcurrieron otros dos años... Al cabo de ellos, un día la llevó Renard una carta de Mauricio, carta evocadora de sagrados recuerdos, de dulces afecciones, de humanos sentimientos y embellecedoras virtudes hacia ella y Gabriela, y que la joven contestó, dejando, aunque veladamente, entrever cierto deje de reconvencción por el virus que Susana la infiltrara con la malévola insidia de que Mauricio se había casado y que lastimó su alma virgen. ¡Con qué fervor expresó en la carta este pensamiento íntimo! «La última palabra que me dirigió mi padre, fué pronunciar el nombre de usted, mirándome fijamente.»

Ocioso consideramos hacer un estudio psicológico de Susana, cuando los hechos nos lo demuestran elocuentemente. Susana ya vimos que no había amado a su marido, ni tampoco amaba a sus hijos. Sólo había aspirado a poseer el dinero, la posición con que la brindaba su unión con Fortunato. Su verdadero objetivo, su *desideratum*, había sido este. Sin embargo, también llegó para ella el arrepentimiento. Descendiendo por la pendiente de la ruina, abandonada de todos y postrada en cama, gravemente enferma, un día llamó a Renard y le dijo:—«Amigo Renard, por favor, por piedad, si así es más eficaz mi súplica, le ruego que vaya en busca de Teresa. Que venga, que yo le hable, que me perdone y después, si quiere dejarme abandonada a mi muerte, que bien comprendo la he merecido, que lo haga en buen hora... Yo sólo quiero escuchar su voz. ¡Si usted supiera cuán culpable he sido con ella!»...

Fuese Renard, y al entrar en su casa, encontró un aviso de Mauricio participándole su llegada y diciéndole que le esperaba en su cuarto. El notario fué a verle y le contó cuanto ocurría. Luego partió sólo Mauricio al convento de las Jerónimas; expuso a la superiora su objeto y como título de garantía para poderse ocupar del porvenir de Teresa,—condición que ya conocía perfectamente la madre superiora—presentó una carta que contenía estas palabras:

«Mi querido Mauricio: Me lisonjeo de conocerte lo bastante para poder decir, que aunque tan joven, tienes la sabiduría y la experiencia que solo puede esperarse de la edad madura.—Tu corazón respira nobleza, amigo mio: a tí, a tu excelente corazón es al que, conociendo mi próximo fin, quiero confiar mi más caro tesoro, mi querida Teresa; en tus manos pongo el cuidado de su porvenir.—Si te sientes inclinado a ella, si un día llegase a amarte, como más de una vez lo he creído, tómala por esposa; desde ahora podéis contar con mi consentimiento y mis ardientes votos.—Quisiera ver, desde la mansión que bien pronto iré a ocupar, reunidos los dos seres que mejor supieron corresponder a mi ternura, y creo que todavía viviré entre vosotros.—Pero como tengo bien conocida tu delicadeza creo que nunca te prevaldrás de mis deseos para contrariar su voluntad, en el caso de que su indiferencia u otro sentimiento cualquiera hiciese nacer en ella alguna repulsión hacia tí, la servirás siempre de padre, de consejero y de apoyo.—Delante de Dios me eres responsable de su porvenir.—Adjunto te remito los títulos que aseguran su fortuna; nunca pudiera depositarlos en mejores manos.—Por lo que a mí respecta, conozco que ya no tengo que hacer más que morir.—Adios, Mauricio; mi salvador, mi amigo, sé muy feliz.—*Fortunato Crevecaeur.*»

Indudablemente, el lector no habrá olvidado que esta carta y títulos son los papeles que Fortunato entregó a Mauricio el día que éste fué a despedirse para ir a Italia.

La superiora preparó, pues, la entrevista de Mauricio y Tere-

sa; entrevista que, como es de suponer, si bien fué afectuosa, en cambio la resolución de Teresa en querer continuar en el convento, lastimó a Mauricio; acabando entonces éste por comunicarle, según le había encargado Renard, el deseo de la madrastra, la cual imploraba su auxilio y su confianza.

—¡Oh! sí; quiero ir!—respondió Teresa resueltamente—¡Quiero devolver, aunque sólo sea un poco de bien, por el mal que he recibido! ¡Dejadme cumplir este deber! ¡Aún puedo ser un angel en la casa!...

Y se despidió, saliendo de aquel recinto acompañada de la superiora.

V

Susana, arrepentida, confesó a Teresa las malas artes de que en contra de ella se había valido, y le pidió perdón llorando amargamente. El cambio que se operó en la enferma y en la casa, fué notable. Las ideas en Susana se habían cambiado. Y su alma se había redimido. ¡Ya eran madre e hijas; hermanas y madre!... A Teresa aquellas palabras le causaron una alegría mayor que todos los sufrimientos que experimentara desde la muerte de su padre. El angel-amor elevaba el vuelo!...

A los pocos días recibió una carta de Mauricio, concebida en estos términos: «Mi querida Teresa:—He sabido el dichoso cambio que ha experimentado con tu presencia la casa de la madrastra, y te felicito por haber cumplido con un doble deber: no esperaba menos de tu corazón.—De este modo puedes contar al presente con un doble y seguro asilo; es decir, o el convento que bien a mi pesar parece prefieres, o la vida del mundo, o bien a casa de tu madrastra, quien en adelante no acertará pasarse sin tí.—Si tu-

vieras necesidad de mi auxilio, bien sabes que te he indicado mi vida; pero tranquilo respecto a tu porvenir, y viéndote por otra a cubierto de las enemistades que te amenazaban, vengo a despedirme de tí, Teresa.—Un sufrimiento que me aqueja desde mi regreso a París, me pone en la precisión de viajar de nuevo; pero en todo caso, ya me encuentre lejos, ya cerca, continuaré velando por tí y si algún día te fuere necesaria mi presencia, no tienes más que dirigir una palabra a Renard, que sabrá en toda ocasión el punto de mi residencia.—Adios, Teresa; acuérdate alguna vez de tu amigo, *Mauricio Bussy.*»

Con la seguridad del vencedor, Teresa tomó la pluma y escribió: «Mauricio:—De toda tu carta no he leído más que una sola línea.—*Si algún día te fuese necesaria mi presencia, no tendrías más que dirigirme una palabra.*—Necesito de tí, Mauricio; ven en nombre de mi padre.—Te suplico me dediques algunos momentos antes de tu partida.—Cree en todo el afecto de tu servidora, *Teresa.*»

Acudió Mauricio; le recibió Teresa bajo los frondosos árboles del jardín, dónde se hallaba con sus hermanas, y le dijo que las abrazara:—¡Lindas muchachas!—exclamó Mauricio, fijándose en ellas detenidamente. Fueron paseando: hablaron de Gabriela; de ideas; de proyectos; del taller de Hurtado y que para evitar una completa ruina había comprado Mauricio a nombre de Teresa; en fin, la conversación iba tomando un aspecto tiernísimo, cuando Renard se presentó delante de ellos.

—Mauricio, mi querido Mauricio,—dijo el notario—tengo muchas cosas que decirle si es que persiste usted en marchar mañana.

—No; ya no me marchó—contestó Mauricio con firmeza.

Y Teresa, imitando el tono de Mauricio, añadió:—Tampoco vuelvo yo al convento.

Y quedó la palabra empeñada. A los pocos días fué Teresa a referir los felices acontecimientos a la superiora y a llevarse a Gabriela del convento. Mauricio y Teresa, una tarde, llevando de la mano a la mudita entraron en una bonita casa de la calle del

Oeste. Gabriela tenía ya muy cerca de quince años. «Cuando al abrir en su presencia uno de los balcones del piso principal, vió aquella niña las grandes sombras, las inmensas calles de árboles que tan bien conocía, y en el último término, las tres cruces doradas en el horizonte, se arrojó en los brazos de Teresa dando un grito; la atrajo al balcón señalando a la torre que se veía a lo lejos y repitió con vivacidad siempre creciente: «¡Madre..., madre!...» Gabriela había recobrado el uso de la palabra.

Teresa y Mauricio, quince días después se unían eternamente. Susana, que se había ido a vivir cerca de su familia en la Normandía, con sus dos hijas menores, abandonó su retiro para acompañar a su hijastra y gozar con su alegría.

La satisfacción de Gabriela, era inmensa. Y un año más tarde, Mauricio adquirió la magnífica posesión a corta distancia de Burdeos, lindando con la de Alberto.

V I

Gabriela trabajaba con notable aprovechamiento en el taller que había sido de su padre desventurado. La preocupación de Mauricio y Teresa, entonces, conociendo la herida que Alberto tenía en el corazón, fué el de buscarle un lenitivo; y Teresa, con su perspicacia de mujer descubrió un gran auxiliar en la misma Gabriela, con su hermosura y bellisimas condiciones que la adornaban. A Alberto, empezaba a sonreírle la nueva alba de un nuevo amor..., amor enaltecido por un angel forjado en la fragua del infortunio!... Comprendió Gabriela el sufrimiento de Alberto, simpatizó con él, y era la amiga que le acompañaba en sus largos paseos, ora hacia el mar, ora por los extensos dominios que comprendía la posesión señorial suya.

Dos meses más tarde, Gabriela Hurtado era la feliz esposa de Alberto. Donde había lágrimas que enjugar, infortunios que socorrer o dolores que consolar, allí estaban Gabriela y su esposo.

Desencadenóse un día una furiosa, terrible tempestad, y naufragó un buque cerca de la costa... El buque se dirigía a España. Alberto se portó como siempre y como era: excelente caballero y bizarro marino. Entre los náufragos que se salvaron, había una señora que en vano llamaba a su esposo, pues en el fondo del mar encontró su tumba. Gabriela se hallaba en el torreón, auxiliándolos, y al ver entrar a Alberto de regreso de su misión humanitaria, exclamó:—¡Gracias a Dios! ¡Ya está aquí mi marido!...—Volvió la dama la cabeza hacia el recién llegado y al reconocerle, prorrumpió con acento desgarrador, indescriptible:

—¡Ah!... ¡Alberto!!...

—¡Angela!...—exclamó Alberto con amargura y palideciendo intensamente.

Quedóse Gabriela mirando a uno y otro, sintiendo algo en su corazón que la hizo palidecer y sufrir horriblemente.

Angela, como saben nuestros lectores, fué el primer amor de Alberto; y es la marquesa de Montanar, título que adquirió al casarse con Arturo Sanchez de León, perecido en el naufragio.

La marquesa fué trasladada a la posesión de Alberto y Gabriela; prodigándola todos los auxilios y atenciones necesarias. Teresa y Mauricio siguieron siendo los amigos de siempre. Cuando Alberto refirió a su esposa sus amores con Angela, el olvido de ésta, su

encuentro cuando ya estaba casada, su desafío con el marqués de Montanar y el largo padecimiento que hubo de sufrir hasta que a ella encontró..., Angela se lo había ya contado a Gabriela solemne y confidencialmente.

A los pocos días, Angela, a voluntad propia era conducida al convento de las Jerónimas, donde se habían educado Gabriela y Teresa. Muy poco tiempo había transcurrido, cuando un día Gabriela y Alberto recibieron un recado para que inmediatamente fueran al convento. Angela estaba muy grave. Los dos esposos fueron; al verles la moribunda, les tendió sus enflaquecidas manos, les atrajo hacia sí y rogó a la monja que estaba a su lado que les dejase un momento solos. Entonces dijo a Gabriela:

—«Antes de despedirnos para siempre, he de rogarla que me perdone el disgusto que involuntariamente pude causarle con mi presencia.

—¡Pero si ese disgusto no existe! ¡si nada tengo que perdonar porque no he recibido ofensa alguna! Vuelvo a decirle que deseche semejante idea, y no se preocupe por esa eterna despedida que no puede tener lugar ahora.

—¡Oh, sí, Gabriela! yo me muero, y por esa razón mis palabras han de tener doble valor en estos momentos. Una sola recomendación debo hacerla, por más que no la necesita: Ame usted mucho a su marido, al padre del sér que lleva en su seno, porque es muy digno de ser amado. Hoy no debe usted sentir celos porque esto se lo diga una pobre amiga que va a morir. Alberto fué desconocido para mí. Después... después le conocí cuando ya no tenía remedio. Feliz usted que ha sabido comprenderle y apreciarle. En cuanto a usted, Alberto, no le digo que me perdone, porque todavía ha ganado con mi olvido. Usted había tropezado en su camino

con una mujer, pero después ha encontrado un ángel. ;Ya ve usted cuánto ha ganado en el cambio! Hágala usted muy feliz, como merece serlo. Yo rogaré a Dios por su dicha. Ahora, el último favor quiero pedirles, y es que no me abandonen en este postrer instante: sean ustedes quienes cierren mis ojos; al menos que pueda llevarme a la tumba el postrer recuerdo de su afecto.

Gabriela y Alberto habían caído de rodillas a entrambos lados del sillón donde agonizaba la pobre Angela.

A la caída de la tarde, un postrer estremecimiento reveló que la marquesa viuda de Montanar acababa de expirar.

LIBRERIA Y PAPELERIA "LA ELECA"
 VDA. DE JUAN GRAN GENE
 REUS - CALLE ALBA NUM. 1 - REUS

HISTORIAS Y LIBRITOS QUE SE HALLAN EN VENTA

LIBRITOS

<p>Amor de Madre Carlos Magno Diego Corrientes La Dama de las Camelias Las Espinas de una Flor La Flor de un día Flores y Blanca Flor Caballo de Madera Guerra de Africa D. Juan Toribio Juan Fortes D. Juan Prim Píerres de Florencia Rosaura del Tráfico Nuestra Señora de Misericordia Santa Genoveva de Brabant Julieta y Romeo Beroldo Candelas Aladino Roberto el Diablo La Dios de los mares Cristóbal Colón</p>	<p>Guantes Cristes y agudezas de Beroldo Felicitaciones Conquistas Cortes Rueda Enamorado Querido Cartas de Amor (apaisado) Nueva Comedia Sueños y Planetas San Cipriano y Santa Justina Saldoni y Margarida (4 partes) Libro de Pasos Canciones para Navidad Pasos y Mors de Jesucrist Nostre Señor Canciones para el Mes de Maria Modo de trazar la Rosa Oración de San Agustín S. Antonio y el Ángel de la Guardia Vida de San Aleix</p>
---	--

En la misma casa se halla de venta gran surtido de juguetes, Muñecas, Bóves, Abanicos, Paraguas, Sombrillas, Peleacas, Cartas, Tarjetas, Naipes, Juegos Dominó y Libritos para jugar.

LIBRERÍA Y PAPELERÍA "LA FLECA"

VDA. DE JUAN GRAU GENE

REUS. — CALLE ALEUS, NÚM. 1. — REUS

HISTORIAS Y LIBRITOS QUE SE HALLAN EN VENTA

HISTORIAS

Amor de Madre.
Carlo-Magno.
Diego Corrientes.
La Dama de las Camelias.
Las Espinas de una Flor.
La Flor de un día.
Flores y Blanca Flor.
Caballo de Madera.
Guerra de Africa.
D. Juan Tenorio.
Juan Portela.
D. Juan Prim.
Pierres de Provenza.
Rosaura del Trujillo.
Nuestra Señora de Misericordia.
Santa Genoveva de Brabante.
Julieta y Romeo.
Bertoldo.
Candelas.
Aladino.
Roberto el Diablo.
La Diosa de los mares.
Cristóbal Colón.

LIBRITOS

Galanteos.
Chistes y agudezas de Bertoldo.
Felicitaciones.
Conquistas.
Cortejar.
Rueda Enamorados.
Quevedo.
Cartas de Amor.
» » » (apaisado).
Nueva Cocinera.
Sueños y Planetas.
San Cipriano y Santa Justina.
Saldoni y Margarida (4 partes).
Llibre de Festejá.
Canciones para Navidad.
Passió y Mort de Jesucrist Nostre
Senyor.
Canciones para el Mes de María.
Modo de resar lo Rosari.
Oración de San Agustín.
S. Antonio y el Angel de la Guarda.
Vida de San Aleix.

En la misma casa se halla de venta gran surtido de Juguetes, Muñecas, Bebés, Abanicos, Paraguas, Sombrillas, Petacas, Carteras, Tarjeteros, Naipes, Juegos Dominó y Libritos para fumar.